
LOS MALES DEL DESPOTISMO.

La bomba, cuyos cascotes han destrozado al emperador de Rusia, resuena con tanto estrépito hoy, que no ha lugar en el escritor ni en los lectores atención para ningún otro asunto. Narremos, dejando para más tarde las consideraciones inspiradas por esta tragedia verdaderamente horrorosa. Desde que la emancipación de los siervos llegó á cumplirse, las clases pudientes y letradas llegaron en el inmenso Imperio moscovita, no á idear, como en otro tiempo, á querer la libertad. Sucedió, pues, al período de los libros, de los cánticos, de las cátedras, al período literario y de propaganda, el período de acción. Aquel partido de apóstoles, acosado por la persecución imperial, se convirtió en un partido de combatientes y de revolucionarios, los cuales pugnaron por emancipar su palabra y su pluma, como el siervo su persona, y por obtener la propiedad de su derecho,

como el siervo la propiedad de su terruño. La proscripción sistemática, las deportaciones á Siberia, la confiscación de bienes y la clausura de la patria y del hogar, á pesar de sus crueldades, no mellaron la voluntad de los afiliados, que, en el extranjero, tocaban la campana de rebato y difundían sus ecos alarmantes por todos los ámbitos de Rusia. En esto vino la guerra última de Oriente, y con la guerra última de Oriente, una enorme agitación política. En vez de resultar empresa tan grande la cruzada de los ortodoxos, la rehabilitación de la leyenda panslavista, el dominio de Constantinopla para los Czares y el triunfo de la Iglesia griega sobre el mahometismo tártaro de los descendientes de Ostman, resultó una guerra verdaderamente revolucionaria, de propaganda liberal, á virtud de la que reuniéronse Asambleas constituyentes, como en la Francia y en la América libres; promulgáronse derechos fundamentales; y pueblos de origen eslavo y de condición triste, como los búlgaros y los serbios y los montenegrinos, tuvieron Constituciones públicas, en las cuales constaban todas las libertades difundidas por las revoluciones modernas en la humana conciencia, y escritas en la legislación universal; y los revolucionarios rusos dijeron que, así como la guerra de Crimea fué la emancipación de los siervos, la guerra de Bulgaria debía ser la

emancipación de los rusos; y al calor de esta idea empeñóse entre el Emperador y el pueblo una porfía, que acaba de desenlazarse por tan tremenda catástrofe.

Después de las dos tentativas, la que tiró á volar el ferro-carril de Moscou, y la que tiró á volar el palacio de invierno, parecía calmado el furor revolucionario en Rusia. El Emperador, frecuentemente recluido en Livadia, dejaba la iniciativa del Gobierno y la carga del Estado en manos de Loris Melikoff, cuya prudente administración restañaba un tanto las heridas antiguas y calmaba los ánimos sublevados. A mayor abundamiento, después de aquella voladura del comedor tan espantosa, las pesquisas incesantes habían logrado coger muchos hilos misteriosos de las conjuraciones, y aún acaparar el tesoro secreto de la revolución, que subía, según cuentan, á cerca de quinientos mil francos. Algo se habló de una mina, en el camino férreo abierta, y de una máquina encontrada en buque inglés, cuando el Emperador se hallaba por las costas meridionales de su Imperio; mas la frecuencia de tales hallazgos embotaba la pública atención, creída en estos últimos días de que, habiéndose concentrado en otra cabeza la política de los czares, sobre aquella cabeza, y no sobre la del triste Alejandro II, casi dimisionario, iría el fulminante rayo. Mas en esta

última quincena comenzaron á sonar tristes presagios y siniestros anuncios. El astuto jefe de la policía parisien supo cómo menudeaban misteriosas citas entre los emigrados en Ginebra y los emigrados en Londres; los periódicos alemanes publicaron oscuros telégramas, semejantes á verdaderos jeroglíficos; la redaccion de la *Revista Nueva*, que dirige la ilustre Madame Adame, vió penetrar en sus oficinas un desconocido, quien anunció próximos acontecimientos; y el Emperador recibió anónimos previniéndole que no saliera de palacio el domingo 13 de Marzo, porque le aguardaba en la calle inevitablemente la muerte. A pesar de que, en días anteriores, so pretexto de mandarle pildoras para el asma, tan frecuente allá en los climas frios, le mandaron fulminantes para matarlo, y debió á un aviso y á un milagro su preservacion, los anuncios de peligros continuos menudeaban tanto, que ya se habia habituado el ánimo imperial á ellos, como se habitúan los cuerpos achacosos á las enfermedades crónicas, y acababa por no prestarles atencion ni hacerles caso alguno. ¡Oh! No andan los antiguos historiadores tan descaminados al decir que, en el mundo interior y exterior, á causa de las estrechas relaciones entre la sociedad y la Naturaleza y entre el universo y la Historia, se notan presagios, á los cuales no presta el debido cuidado y estu-

dio nuestra incuria, muy dada, por su mal, á creer que no existe aquello que no conoce, cuando hasta por los poros nos penetra insensiblemente la luz etérea del astro lejano y el efluvio magnético de una aurora boreal que no se ha dibujado en nuestra retina, y la chispa eléctrica de una nube tonante que no ha resonado en nuestros oidos. El Emperador salió del palacio de Invierno, despues de almorzar, y se encaminó á un lato picadero, donde estuvo algunas horas entretenido en pasar revista militar á parte de la guarnicion. Concluida la revista, se dirigió á casa de una de las archiduquesas, y de casa de una de las archiduquesas volvió, á eso de las tres de la tarde, á recogerse al palacio de Invierno.

Aunque no he visitado San Petersburgo, me la finjo en mi fantasía, recordando las innumerables relaciones leidas de esa ciudad, fundada por el poder de un Czar con el mismo empeño que si fuera un solo edificio, en medio de lagunas pestilentes, á orillas del Neva, que parece la mayor parte del año un rio de cristal; ciudad compuesta de edificios surgidos merced á despóticas disposiciones, las cuales obligaron á cada noble, posesor de treinta y siete cabañas de esclavos, á la ereccion de un edificio, cuyos planos se le daban ya dispuestos; ciudad de pretorianos, de guerra,

de conquista, colocada á seiscientos kilómetros de la capital antigua y hácia el Occidente y los mares glaciales, para que pudiese lanzarse, á guisa de una declaracion de guerra, sobre Polonia, Lithuania, Finlandia, si queria tener fronteras y tierras á su espalda; por lo cual, no obstante su coqueta forma de abanico, seméjase, con sus calles regulares y estratégicas, con sus perspectivas inacabables, con su ciudadela ceñuda junto á las torres asiáticas y á los cimborrios áureos de sus catedrales ortodoxas, seméjase á una especie de alojamiento militar, todo él ocupado por un ejército, á cuya cabeza se encuentra un emperador que tiene al mismo tiempo mucho de general y mucho de pontífice, para sojuzgar así la voluntad como la conciencia, y extenderse por mar, por tierra y por cielo, cual una inmensa sombra, nacida de la negra y terrible alma de un tirano, ensoberbecido y divinizado en su trono, cuyo dosel se dilata como un sudario sobre una gran parte del planeta. En una de sus plazas más regulares, frente al teatro Miguel, no léjos de aquellos innumerables canales que del Neva se derivan, hallábanse varios grupos en el momento en que el Emperador pasaba de regreso al palacio, de un solo ayudante acompañado, en berlina ligera, circuido por su escolta de cosacos, que revolotean en torno suyo con el siniestro aspecto de

una bandada de cuervos. Tengo la seguridad de que cualquier observador vulgar que hubiese podido seguir los grupos, en aquel teatro de una próxima tragedia esparcidos, leyera en su inquietud, en su impaciencia, en las miradas febriles, en los paseos errantes, en la zozobra, en los estremecimientos, en todo aquello que no pueden dominar ni la voluntad ni la conciencia, el secreto de una extraordinaria maquinacion. ¿Qué se ha hecho la policía rusa, tan conocida en el mundo por su diligencia en el proceder y por su intuicion en el adivinar? ¿Qué se han hecho aquellos esbirros, los cuales sentian el volar de una mosca en los aires y el amanecer de un pensamiento en las conciencias? ¿Cómo? ¡Se pueden abrir minas bajo los ferro-carriles; dilatar venas cargadas de dinamita por las bases de las casas; reunirse una docena de asesinos inquietos en sitios públicos, sin que la policía moscovita, numerosa como un ejército, implacable como la fatalidad, investigadora como la Inquisicion, alcance ni un asomo siquiera de maquinaciones ruidosas, en las cuales entran jóvenes inexpertos, aquejados, en la impaciencia natural á su edad, por el afan de revelar sus secretos y de lucir su heroismo! La desaparicion de ciertas especies demuestra cómo la tierra pasa de un período á otro período en su desarrollo natural, y la desaparicion

de los esbirros prueba cómo la sociedad rusa va siendo cada vez más incompatible con el absolutismo y va estando cada vez más necesitada de la libertad.

Por fin, el Emperador llega en su carruaje y con su comitiva, poseído de esa imprevisión que nos oculta la hora de nuestra muerte, al sitio de la catástrofe. Una bomba estalla, y varios cosacos caen heridos, y un niño de diez años muere destrozado entre las ruedas del coche. Salvador instinto mueve al cochero á fustigar el tiro de su carruaje y á separarse con la mayor celeridad posible de aquel sitio de horror. Pero el Czar lo detiene, y le obliga imperiosamente á pararse, á fin de que los heridos arrojados por el suelo tengan auxilio y socorro. Mal de su grado, cede el doméstico al mandato del señor, que pone el pié sobre la tierra helada y se inclina hácia los cuerpos maltrechos y magullados. Y en este mismo instante un conjurado, con lisa bola de caoutchout en sus dedos, muy parecida ciertamente á una bola de nieve, se dirige al espacio mismo donde se había verificado el descenso, y la dispara con tanta seguridad y precisión, que mata y muere, mezclándose su sangre con la sangre de su víctima, por lo mismo que tan separadas estaban sus almas y sus conciencias. ¡Terrible espectáculo! El suelo estremecido, el aire ahumado, la nieve

roja, multitud de heridos revolcándose en las ansias de su agonía, varios muertos inertes sobre el suelo helado, los circunstantes corriendo en todas direcciones, los caballos sin jinete, espantados, y el Czar, el pontífice, el generalísimo, el semidios, á cuyas órdenes se han apagado tantas vidas y se han caído de los hombros tantas cabezas; el mayor potentado de la tierra, pastor y amo de cien pueblos tendidos á sus piés como rebaños, con toda esa omnipotencia, destrozado y casi exánime, cubierto de heridas, con las piernas rotas y las tripas fuera, los primeros estertores de la agonía en el pecho, y sobre la frente las últimas sombras de la hora postrera de su tormentosa existencia.

En el momento de caer, llegó uno de los próximos deudos del Emperador, que le sostuvo y le quiso llevar, para curarlo con rapidez, á contigua casa. Pero Alejandro, después de indicar que sentía su fin muy próximo, dijo, reuniendo sus fuerzas y expresando el último pensamiento quizás de su apagado cerebro, que deseaba morir bajo el techo de su palacio y en los brazos de su familia. Colocáronle en un trineo; y chorreando sangre, llegó á su morada. No parecía una persona; parecía un montón de carne machacada por los carniceros. La sortija de boda que llevaba y el guante le penetraron dentro de la carne; las

piernas apenas se ligaban al tronco; los intestinos le salían fuera del vientre; la cara misma estaba cuajada de heridas abiertas por los tubos de vidrio en los cuales se encerraba la dinamita. Vino la muerte dos horas después del atentado y cuando ya hacía una hora que estaba perdida en el Czar por completo la conciencia de su estado. Cuatro asesinos principales se han mostrado en esa obra terrible; y de los cuatro, el uno, Russakoff, ha caído en manos de la policía y ha intentado inútilmente envenenarse; el otro ha muerto al día siguiente que el Czar, en la cama de un hospital; el otro se ha pegado un tiro al ir á prenderlo; y el que logró perpetrar el crimen ha muerto antes aún que su víctima. No puede darse una sucesión más terrible de espantosas tragedias.

Nosotros, delante del cadáver, no queremos recordar ni los errores que el Czar cometió en vida, ni los crímenes perpetrados en su nombre. Mucho tendríamos que decir de la represión en Polonia. Sus cosacos entraban en las iglesias católicas como lobos hidrófobos en los poblados ruidos. Los niños, las mujeres, los ancianos, que iban en procesión á rogar á Dios por la paz de los muertos y la resurrección de la patria, caían á las descargas de los sicarios rusos, nunca hartos de carne ni saciados de sangre. La nación entera

fué mártir. Así, á nadie ha extrañado que en medio del dolor universal por el horrible crimen y la universal reprobación que ha suscitado en la conciencia humana, los polacos de Austria no hayan querido en el Parlamento tener una palabra de compasión y de duelo. El regicidio borra hasta las mayores manchas de sus víctimas y rehabilita á los mayores culpados. Nunca tendrá palabras bastantes con que reprobar el crimen la humana lengua, ni bastante ódio el humano corazón para aborrecerlo. Así, como oración fúnebre delante del cadáver, sólo puede recordarse la emancipación de los siervos, brillante página de la historia desenlazada con esta horrible tragedia. Verdaderamente da horror al ánimo y escalofrío al cuerpo todo cuanto acaba de suceder en Rusia. Ese combate exterminador entre un partido proscrito y un Czar omnipotente pertenece á edades bien diversas de las nuestras, como pertenecen á otros días del planeta los monstruos de piedra encontrados en las antiguas zonas geológicas. Imaginaos que ahora surgieran bajo vuestras plantas el helecho enmarañado de las selvas carboníferas, y se deslizáran entre sus ramas las turbas de hormigas blancas y ciegas que combatían á orillas de los océanos bituminosos y al resplandor de los volcanes vacilantes; imaginaos que vierais las ranas del tamaño de nuestros bue-

yes, buscando, al traves de las aguas espesas, los primeros alientos del aire caliginoso y enrarecido; pues eso es el Czar, el Pontífice, el general, sumados por una sola personalidad increíble, á quien llaman sus vasallos autócrata en el lenguaje de la servidumbre. Así las maniobras terribles; los conjurados semejantes á duendes y fantasmas; las explosiones parecidas á catástrofes del universo; la persecucion de unos contra otros, tan sin conciencia y sin justicia como las mutuas é implacables de los peces en las profundidades del abismo; las voladuras de palacios y caminos y calles entre la erupcion de la pólvora, parecida en sus horrores á una tempestad; el destrozo de criaturas humanas, cuyos miembros se desprenden del cuerpo al estallido de esos proyectiles diabólicos, cual en las tétricas pinturas en que todas las teogonías nos han descrito las furias y las penas del infierno. Mucho indudablemente tienen que ver las instituciones cuasi asiáticas de Rusia con estos crímenes que recuerdan las orgías de Sardanápalo, la toma de Jerusalem, la noche última de Cleopatra, el incendio de Tiro, la caída de Cartago, las irrupciones de Atila. Como decia con razon un grande escritor, el gobierno ruso es el despotismo templado por el regicidio. Y el despotismo engendra estos grandes crímenes, como el agua estancada los miasmas palúdicos, y

como los miasmas palúdicos las fiebres mortales. Así, en la antigua Roma de la república morian de muerte horrorosa los cónsules, ó peleando por su patria ó en su hogar y en su lecho; miéntras en la Roma del Imperio el fundador de esta institucion perecia bajo el puñal de los tribunos; el astuto Augusto, envenenado quizás por unos higos que le diera su propia mujer Livia; el feroz Tiberio, ahogado en su lecho, allá en Bayas, por los jefes de su palacio; Calígula y Claudio, heridos por sus propios pretorianos; Neron y Othon, víctimas de un suicidio, al cual sus propias legiones le forzaron; Galba y Vitelio, arrastrados por las calles de la Ciudad Eterna: que el crimen produce naturalmente el crimen.

Pues en Rusia, desde los tiempos en que la terrible autocracia moderna se constituye, desde los tiempos de Pedro el Grande, los crímenes se suceden uno tras otro con la misma regularidad que los monstruos coronados en sus ciclópeos tronos. Todos los sentimientos de la naturaleza humana se apagan á una en esos corazones durísimos; todas las voces de la conciencia se estrellan contra la razon de Estado, cuya ferocidad raya en la ferocidad de los animales carniceros. Nacer un príncipe allá en cuna imperial, destinado desde el vientre materno á reinar sobre los hombres, con una corona en la frente y el derecho al poder

en la vida, es nacer para calabozo hondo y oscuro, como sepulcros repletos para dolores intensos y terribles, como penas eternas, objeto de odios feroces, blanco de atentados continuos, víctimas del puñal y del veneno, cuando no de conjurados que, venidos de regiones desconocidas, como los ensueños siniestros que asaltan el ánimo en las noches zozobrosas de las pesadillas insanas, ahogan, asfixian, degüellan con la fuerza de una fatalidad implacable. ¿Cómo? El pretorio en Roma, el serrallo en Constantinopla, la corte en Petersburgo, engendran todos esos seres, los cuales habitan los palacios del despotismo, como las aves nocturnas las tinieblas, y como las víboras ponzoñosas los desiertos; y no se quiere atribuir al despotismo en sí la raíz de donde brota como un fruto maldito la venenosa fruta del regicidio. Los nihilistas tienen su genealogía en los verdugos de Alexis, en los asesinos de Pedro III y Paulo I, en los chacales que despedazan el cuerpo de Ivan, en los esbirros que envía Catalina contra todos sus enemigos, en los placeres suicidas de la corte, en las ratas que dentro de los calabozos, inundados por el Neva, se comen vivas á las pobres princesas de la sangre de los Rousanoff, en las cruentas demencias que acompañan al despotismo y que lanzan, como venenosas culebras, los déspotas todos sobre la tierra.

No habia nihilistas en Rusia cuando Pedro empalaba los partidarios de su hijo y ponía sus cabezas en lo alto de las torres. No se conocian tales ideas la noche en que el fundador de la monarquía autocrática dictaba la sentencia de muerte contra su propio primogénito y hacía que le diesen drogas mortíferas en copas de plata. Ninguno de los revolucionarios rusos habia escrito ántes de la madrugada en que el matador de su hijo llevaba su mujer Catalina al patíbulo, donde Moens pagaba los adúlteros favores de la soberbia Emperatriz, erigida de sierva en autócrata. Orloff y Balafre, los que ahogaban á Pedro III en aguardiente, no eran refugiados de Ginebra ó de Lóndres, sino cortesanos de los palacios imperiales. No ideaban, ni por casualidad, ninguna teoría revolucionaria los que herian al último heredero de la rama primera de los Romanoffs en su prision sepulcral. Pahalen, el asesino de aquel Pablo I, ahorcado con las fajas de los generales, como los perros sin amo con las sogas de los pilluelos, Pahalen jamas leyera otro libro que su ordenanza. Ved los reyes constitucionales que desde la Santa Revolucion se han sucedido en el trono de Inglaterra, y los autócratas que en igual período de tiempo se han sucedido en el trono de Rusia; comparad la muerte de los unos con la muerte de los otros, y decidme luégo si es verdad

ó no que el despotismo engendra el regicidio. Así hoy corren por Europa las especies más particulares sobre la muerte del Czar. Aumentados los agentes de policía desde mil á tres mil, ¿cómo no han impedido nada? Hecha una mina en calle principal de Petersburgo, ¿cómo nada se ha traslucido? La gente cree que los ministros del Czar estaban en la conjuración, y que en el palacio mismo de los parientes del Czar se fabricaban las bombas regicidas. Y no puede dudarse que tales maniobras provienen de las alturas donde comienza la voluntad á latir y el pensamiento á arder, y no de esas muchedumbres, cuasi esclavas de Rusia, reducidas á las condiciones de las especies inferiores, que, si tienen palabra, no pueden apenas usarla; y si tienen voluntad, no saben cómo quieren ni lo que quieren; y si tienen vida, la reducen al propio individuo, á su familia, como los animales pareados, ignorando en su terruño, del cual se alimentan como los vegetales, sin conciencia que existan la humanidad y la patria.

El crimen ha sido verdaderamente horrible. No hay reprobación bastante con que poder estigmatizarlo, ni en la conciencia ni en la palabra. Se necesita descender á los círculos de la creación donde reina el combate animal por la vida, para encontrar instintos tan carniceros y tan feroces. Dios ha condenado á esterilidad esos crímenes y

no ha querido que de ellos saliera el bien. Más han hecho por la humanidad los mártires resignados que los verdugos exterminadores. Las obras del sable han caído, pasajeras como la violencia, mientras que la redención de la cruz penetra de siglo en siglo en todas las ergástulas y rompe todas las cadenas, eterna como la justicia. Un pueblo levantado por sus libertades merece el concurso de todos los corazones generosos, mientras merece un anatema de la razón universal quien cree herir la tiranía por haber herido á los tiranos. Reprochable el crimen, reprobados los criminales. Mas no puede consentirse, no, que se imputen á las ideas modernas los vicios de las instituciones antiguas. Sobre esos delitos se levantan nuestros ideales, como se levantan las estrellas sobre las tinieblas de nuestras bajas y oscuras noches.